

Fátima Gutiérrez, *Mitocrítica. Naturaleza, función, teoría y práctica*. Lleida, Milenio, 2012, 175 p.

¿Y si dejáramos de concebir la crisis que nos abruma en términos estrictamente económicos para considerarla como el resultado de la transformación de un imaginario en otro? Con esta propuesta Michel Maffesoli, el prologuista al volumen en cuestión persigue demostrar que las tesis del imaginario, lejos de constituir elucubraciones teóricas, forman parte de la realidad más cotidiana. La trascendencia de ese concepto se revela de tal magnitud que el citado profesor considera el concepto del imaginario como signo inequívoco que define la postmodernidad. Esa misma óptica subyace a lo largo de los distintos capítulos del libro: la autora, conocida especialista del ámbito de la mitocrítica, lleva a cabo una aproximación teórica a esta disciplina. Sin embargo, como buena conocedora de los retos que plantea esta forma de crítica literaria al docente que debe trasladarla al aula, no escatima referencias literarias, cinematográficas o incluso sociológicas que puedan resultar próximas al lector y que, además de ilustrar los argumentos empíricos, lo acerquen a la cotidianidad más inmediata: Wagner y Ulises pueden convivir con el Comte Arnau o Indiana Jones cuando se trata de ilustrar aspectos complejos del orden de las estructuras esquizomorfas.

Desde ese doble haz la obra, en particular en sus dos capítulos iniciales, se esmera en proporcionar definiciones que la autora acuña a partir de una síntesis propia basada en presupuestos que en su día formularan reconocidos investigadores del orden de Gilbert Durand, Mircéa Éliade, Georges Dumézil, Claude Lévy-Strauss o Paul Ricoeur, por citar a unos pocos –acaso los más conocidos- puesto que el corpus teórico en que se sustenta Fátima Gutiérrez se constata mucho más rico. En estos apartados, pues, el reto –subrayamos este término puesto que a menudo tales vocablos han pasado a formar parte del uso lingüístico corriente que tergiversa su precisión-consiste en acotar nociones tales como *imaginario*, *inconsciente colectivo*, *mito*, *símbolo*, *arquetipo*, etc. en un intento de sentar las bases del análisis mitocrítico.

Ese paso previo pero imprescindible permite pasar en un tercer y cuarto capítulos al análisis de una obra de referencia en el ámbito en el que nos encontramos: *Las estructuras antropológicas del imaginario* de Gilbert Durand, denso volumen que la autora acerca a un lector actual por medio de ejemplos concretos obtenidos, en buena dosis, de la cultura más cercana a la española. En ese intento encomiable se aprecian sus alusiones a la tauromaquia, a Goytisolo o a Ana Ozores por citar tan sólo tres manifestaciones de la misma. Con ellos se desgranar las motivaciones de corte cosmológico, sociológico, psicológico, antropológico que subyacen en la articulación de dichas

estructuras. Se consideran también los dos regímenes –el diurno y el nocturno –habitualmente utilizados para clasificar las imágenes simbólicas.

A partir de ese aprendizaje iniciático el destinatario será capaz de adentrarse a lo que podríamos denominar el estructuralismo simbólico, susceptible de analizar la presencia de mitos en un período concreto de la cultura. En consecuencia se analizan los principales rasgos del Decadentismo, esa corriente europea de finales del XIX que desea marcar sus diferencias respecto al positivismo librándose a una estética de lo mórbido y lo enfermizo. De particular relevancia parecen los tres mitos que, según Gutiérrez, caracterizan a Occidente por lo que a la actualidad respecta: a los ya conocidos mito prometeico y mito dionisiaco, se añade un tercero frecuentemente reivindicado por Gilbert Durand, el mito hermético cuyo rasgo esencial –por el referente al dios griego que le proporciona su nombre– consiste en rehuir la interpretación de la realidad a base de manifestaciones contrarias. Triple haz que, a juicio de Gutiérrez, se manifiesta incluso en el pensamiento universitario que, en virtud del mito prometeico, se postula demasiado proclive a la superespecialización. Por el contrario, la autora reivindica la progresiva aceptación de la tercera modalidad puesto que “Sólo un trabajo de mutuo enriquecimiento, una continua dialéctica entre las distintas ramificaciones del árbol del saber, entre las distintas disciplinas que conforman la ciencia del hombre, permitirá el definitivo asentamiento del prometedor mito de Hermes, que tan trabajosamente, se va abriendo camino. ¿Cómo se pueden separar radicalmente, desde los criterios de un mínimo rigor científico e intelectual, las ciencias de las humanidades?” (p. 134).

Como broche final, no podía ser de otra forma habida cuenta del espíritu eminentemente didáctico que guía a la experta, el último apartado brinda otro ejemplo práctico, esta vez aplicado a una manifestación literaria, la novela *El túnel* de Ernesto Sábato. La elección, como la de todos los ejemplos que integran el texto de Gutiérrez, está más que meditada y responde a su voluntad de demostrar la aplicabilidad del análisis mitocrítico a las más diversas muestras literarias, aun habiendo éstas sido encasilladas bajo categorías a primera vista opuestas a los presupuestos de la imaginación. A lo largo de su razonamiento la autora persigue huir de simplificaciones dualistas susceptibles de dividir la realidad en dos bloques antagónicos para defender la presencia de dualidades enriquecedoras que se completan. En consecuencia, a su entender, no encuentra razón de existir una frontera insalvable entre una postura racionalista, por lo cual opta por defender la influencia del imaginario en el individuo, hasta el punto de concluir en su tercer capítulo que “El imaginario precede al racionalismo y lo engloba” (p. 85).

En definitiva, la obra de Fátima Gutiérrez constituye una herramienta útil para quien, huyendo de la vaguedad que caracteriza el uso de términos como *símbolo*, *arquetipo* o *mito*, desee aprehenderlos con el rigor científico y académico que se merecen a través de una exposición razonada clara, convincente y a la vez asequible.

M. Carme Figuerola